



# La biblioteca escondida

**Mauro Alvaro Ramón**



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA  
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA  
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.  
*Todos los derechos reservados.  
La reproducción total o parcial  
de esta obra queda sujeta  
a la autorización previa del autor.*

# El taxidermista.

El taxidermista es un hombre misterioso, extraño como pocos. Lo conocí accidentalmente hace un par de semanas, cuando me topé con él en uno de los tortuosos caminos del parque.

Al principio se comportó hosco y con recelo, creyendo que yo era un guardaparques que venía siguiéndolo. En realidad, yo solamente lo ví por ahí, rondando cerca de los jardines inaugurados hace poco, con la bolsa a cuestas. Lo seguí un trecho, intrigado por su aspecto sospechoso. Debo agregar que mis dos grandes defectos son la curiosidad y una malsana afición por observar a gente rara, defectos que en esta oportunidad me hicieron acercarme a él para abordarlo.

Improvisé una excusa, inventando un argumento convincente para la ocasión. Me gané así su confianza, y nos fuimos caminando tranquilamente por las veredas vacías. Más tarde accedió a decirme su nombre, y a revelarme alguno de sus misterios.

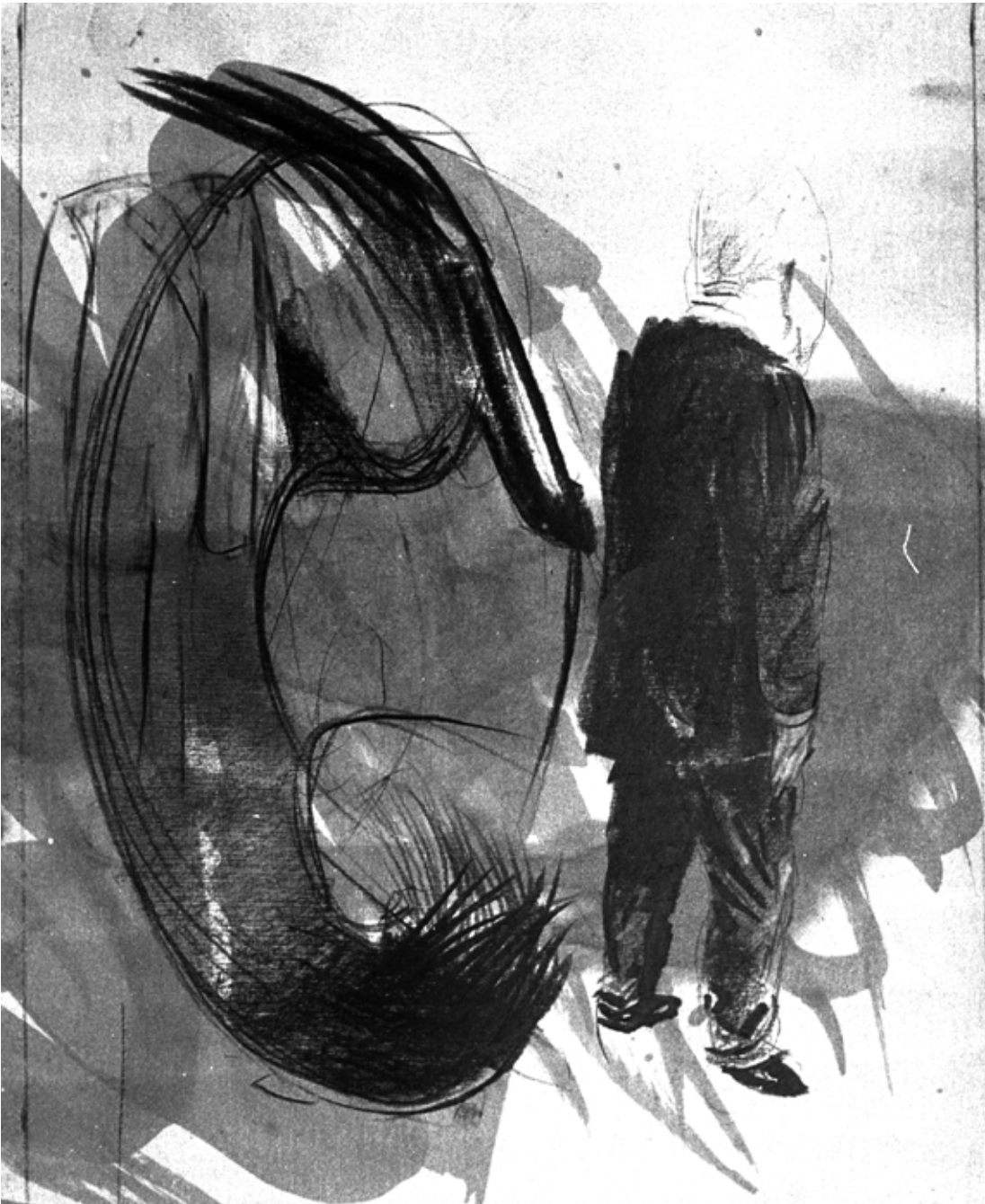
La taxidermia, el difícil arte de conservar la piel de las cosas, era su pasión y su vida. Mientras me hablaba, yo miraba la bolsa que colgaba flácida en su mano. El balanceo podía ser tanto de algo vivo o muerto: no lo sabía.

Dudaba si debía o no preguntarle sobre su contenido cuando de pronto estuvimos ante la salida del parque. En la despedida, se ofreció a mostrarme su colección, y yo accedí, sin saber bien porqué...

...y más tarde me encontraba frente a su casa, un poco oscura, pero grande y sobria. Me recibió en mangas de camisa, se disculpó y me pidió que esperase en el vestíbulo un momento. Me senté a mis anchas sobre un sofá y desde allí estudié atentamente la amplia estancia iluminada.

Algo anticuada y limpia, la habitación era suficientemente acogedora para recibir visitas, pero nada adecuada para una fiesta. Estaba sentado en un gran sillón Luis XV, y el resto del lugar se veía interesante. Luego de unos minutos de espera y al no escuchar ningún sonido del interior, me dediqué a examinar la habitación.

Esperando encontrar animales embalsamados y cuadros con insectos, descubrí una larga línea de aparatos de radio en un estante. Eran de todas las épocas, desde un viejo aparato a galena hasta un moderno compacto electrónico,



G. ALVAREZ - 1998 -

"EL TAXIDERMISTA"

todos muy cuidados y limpios. Pero vacíos. Ninguno de aquellos aparatos funcionaba; al girar los diales o mover las perillas ninguno ofrecía resistencia, y cuando le tomé el peso a uno caí en cuenta de que no había nada en su interior.

Mientras jugaba distraído con los diales, reparé en una biblioteca empotrada detrás. Resultó ser una biblioteca bastante especial, pues al querer tomar uno de los tomos me encontré con un par de tapas sueltas en la mano. Lo que en un primer momento me pareció una biblioteca era en realidad un gran armazón de maderas entrecruzadas, cuya única función era mantener los lomos abiertos, como si fuesen libros reales.

Una extraña sensación fue dominándome. Intranquilidad, desconfianza, no lo sé. Nunca me gustaron las máscaras ni las apariencias. Todo aquello me había desconcertado. Luego apareció mi anfitrión desde el extremo de la habitación, ofreciéndome un té que traía servido junto a algunas galletitas en un plato.

Se acercó con su propio té y se preparó a contarme su historia. Yo tomé nota mentalmente de una maceta cerca de mi sillón, y en cuanto él fue a traerme unas fotos, vacié parte de mi taza en ella, ya que jamás me gustó el té. Cuando volvió con las fotos, reparó en que mi taza estaba vacía y sonrió. Me mostró las fotos del álbum y comenzó con su relato.

Ya de niño le apasionaban las formas de todo. Comenzó con insectos, que al morir se secaban, conservando así su forma original.

Yo lo escuchaba en silencio, mientras comía una galletita miraba una tentadora fuente de frutas; en sus cortezas se veía un cuidadoso corte que las recorría a todas en una espiral artesanal, perfecta.

- Primero aprendí cómo trabajar con animales -me decía.- Eso me tomó gran parte de mi juventud y también de mi dinero. - Sonrió y me indicó que lo siguiera. Salimos por la cocina hasta un gran galpón iluminado. Ahí conocí la colección de animales disecados más grande que viera jamás.

- Afortunadamente, conseguí que algunas personas concientes de mi dedicación financiaran mi más grande proyecto. -Avanzábamos por el galpón, y él seguía con su explicación sobre su sueño de toda la vida, crear el más grande museo de taxidermia del mundo.

Los largos estantes revelaban osos, serpientes, aves, peces, caballos; hasta pude vislumbrar una cabeza de toro asomando entre grandes cortinas negras.

- ...pero no un museo de animales solamente. ¿ Se da cuenta de que casi todo tiene una carcaza perfecta que da cobijo al ser, que lo deja existir en el

mundo ? -Me miraba como si yo me supiera aquello de memoria. Varias veces me había palmeado la espalda o tomado por el brazo, y ya me molestaba un poco ese contacto. Habíamos pasado al insectario, y comencé a notar estantes con cáscaras de frutos, así como grandes cortezas de árboles de los más diversos colores, todos prolijamente armados, con algunas ramas secas y follaje muerto. No habían restos en el suelo. Era como caminar por un bosque fulminado por el invierno, una larga hilera de cadáveres incorruptos, pero muertos los colores, las ramas, las hojas.

Por una nueva puerta, pasamos a otra ala del depósito.

- Y aún no ha visto nada - decía, mirándome con expresión ensimismada, como poseído.

Comencé a recorrer un gran basurero industrial, pulcro, completamente limpio y ordenado. Era un supermercado de envases, sólo eso.

Agrupados en orden, infinidad de botellas, latas, cajas, sachets, paquetes, bolsas, tubos, sobres, potes, frascos de toda índole y color; vacíos. "*Absurda colección*", pensaba para mis adentros. De pronto me habían entrado unas ganas terribles de irme, de huir de esa demencial exposición, al punto que me detuve ahí mismo y se lo hice saber utilizando la primer excusa que se me ocurrió.

- ¡Cómo no! Podemos seguir mañana si le parece bien. - Parecía desencantado, más bien molesto por mi prisa; lo estaba privando de mostrarme la sección de máquinas y la de facsímiles arquitectónicos. De vuelta en el salón de estar, me dejó a solas un momento mientras me traía el saco.

Le iba a decir que no podía venir al día siguiente por tener que cumplir con otra cita, pero desapareció por el vano de la puerta. Lo seguí, pero al ver que se atareaba en algo de mi saco me detuve en seco cerca de la puerta. Observé helado lo que hacía, y volví inmediatamente al sillón, donde permanecí petrificado de miedo.

Llegó con el saco y me lo dio, con expresión afligida.

- En fin.... Lo espero mañana en la tarde.- Le estreché la mano y mentí una disculpa. - No se arrepentirá, se lo aseguro.- dijo, mientras me iba casi corriendo rumbo a la calle.

Sé que nunca más volveré allí, y que tampoco recorreré el parque como antes lo hiciera. Sé que jamás podré borrar la imagen de aquel hombre de espaldas, tomando las medidas de mi saco y anotándolas en una pequeña libreta negra rápidamente, mientras esperaba que hiciera efecto el té que afortunadamente no había probado.